

M. ANA DIZ<sup>1</sup>

**Leer o como su casa el caracol**

De esos cabildos más o menos largos  
podía esperarse cualquier cosa.  
En vuelo horizontal cruzaban  
camellos y cartas marcadas,  
leones rubios y hielos en suspenso,  
puentes volados y desgracias.  
Y el delicioso encanto musical  
de lo que no entendía.

¿Cuánto tiempo pasaba?  
Mi cuerpo no leía  
relojes ni temperaturas,  
penetrado por una especie  
de sustancia virtual  
que me dejaba estar, como Dios,  
en todas partes.

Al regreso, sin siquiera un palito  
que pudiera probar  
que yo había estado allí y lo había visto todo,

<sup>1</sup> Especialista en literatura peninsular, ha publicado artículos y libros que recogen los resultados de sus investigaciones y su experiencia como docente universitaria en Lehman College, CUNY. Actualmente se dedica a la creación poética. Su último poemario es *Sin cazador, los ciervos* (2013) y –de próxima aparición– *Así las cosas*.

me llevaba esos mundos a cuestas,  
como su casa el caracol.

### **Los modelos**

#### *El estudio rojo de Matisse*

Cerca de la jarra roja, el rojo  
cuello alto del florero desparrama  
dos hojas rojas y enredadas.

Cada objeto insiste en ser óleo y dibujo,  
y no jarra, florero, enredadera.

#### *Tiffany*

Como orejas de liebre,  
rosados y traslúcidos  
levantan los tallos sus tesoros,  
sostienen flores todavía cerradas,  
alguna completamente abierta.  
En la caja de música, detalla  
el cristal  
el talle aéreo de la bailarina.

Tallos y talles son excusas  
del cristal alucinado  
que un revoloteo de campanas quebraría,  
mareas del sueño que escogen una forma  
para hacer visible su frágil,  
ensimismada transparencia.

#### *Chagall*

En la plaza del mercado,  
el gran sifón azul

pintado a la puerta de la tienda  
anuncia el ángel,  
ovejas, burros y conejos,  
que están más cerca que nosotros  
del feliz inexplicable centro.

### **Pintado por Bonnard**

*Andiamo lungo i parapetti  
A vedere cosa fa il fiume.  
PIERO JAHIER*

Antes de los manifiestos, hubo un tiempo  
donde en las estaciones presidían altísimos  
[talleres de cristal,  
como de catedrales, cuando el tren era un lujo.

Con los ojos vacíos se esperaba la hora de cenar,  
ante los tenedores quietos  
en la mesa puesta todavía sin fuentes.

Para algunos, la infancia era subirse a los parapetos  
para ver lo que hacía el río, y los artesanos  
bordaban con manos de paciencia  
la madera en los muebles y las letras en el lino.

Hubo horas del tocador, de jarras,  
toallas lentas y equilibrios,  
de bañeras con patas blancas  
de heroicos leones indolentes.

El silencio era costumbre liviana,  
y la locura, casi siempre privada.